

VIII

Transcurrieron algunas semanas. Rougón había vuelto á su vida de displicencia y de aburrimiento. Jamás hacía alusión á la orden que el emperador le había dado de permanecer en París. Hablaba tan sólo de su fracaso, de los supuestos obstáculos que se oponían á su desmonte de un rincón de las Landas; y sobre este particular empezaba á hablar y no acababa. ¿Cuáles podrían ser tales obstáculos? El, por su parte, no veía ninguno. Iba hasta amostazarse con el emperador, de quien no había medio—según él decía—de arrancarle una explicación, fuere cual fuere. ¡Tal vez Su Majestad abrigaba el temor de verse obligado á subvencionar el negocio!...

Entretanto, á medida que los días avanzaban, Clorinda multiplicaba sus visitas á la calle de Marbeuf. Todas las tardes parecía esperar de Rougón alguna noticia, mirábale sorprendida, al verle en su obstinado mutismo. Desde su estancia en Compiègne, vivía con la esperanza de un repentino triunfo; habíase imaginado todo un drama, una ira furiosa del emperador, una ruidosa caída del señor de

Marsy, una inmediata vuelta del gran hombre al poder. Aquel plan de mujer parecíale de seguro éxito. Así fué que al cabo de un mes su admiración no tuvo límites, cuando vió que el conde seguía en el ministerio. Concibió un gran desdén por el emperador, porque no sabía vengarse. Ella, en su lugar, habría alimentado la pasión de su odio. ¿En qué pensaba, pues, en el eterno silencio que guardaba?

Clorinda, sin embargo, no desesperaba todavía. Olfateaba, como quien dice, la victoria, algún azar imprevisto. El señor de Marsy se hallaba vacilante. Rougón sentía por ella atenciones de marido que teme ser burlado. Desde sus extravagantes accesos de celos, en Compiègne, la vigilaba por modo aún más paternal, la anegaba de moralidad, quería verla día por día. La joven se sonreía, en la seguridad de que ahora ya no se ausentaría de París. No obstante, sobre mediados de diciembre, después de semanas de adormecida paz, volvió á hablar de su magno negocio. Había visto á algunos banqueros y pensaba hasta prescindir del apoyo del emperador. Y, de nuevo, se le encontró abismado en medio de planos y de obras especiales. Gilquin, á lo que él decía, había reclutado ya cerca de quinientos trabajadores, que consentían en irse allá; era el primer puñado de hombres de un pueblo. Entonces, Clorinda, furiosa ante aquella tarea, puso en movimiento toda la banda de los amigos.

Fué aquél un trabajo de zapa enorme. Todos y cada uno se propusieron desempeñar un papel. El

acuerdo se llevaba á cabo con medias palabras, en la propia casa de Rougón, por los rincones, los domingos y los jueves. Se repartían las misiones de mayor dificultad. Lanzábanse diariamente al centro de París, con la porfiada voluntad de conquistar una influencia. Nada se menospreciaba; los éxitos de menor cuantía se tenían en cuenta. Se aprovechaba todo, se obtenía todo el partido posible de los menores acontecimientos, utilizábase el día entero, desde los buenos días de por la mañana, hasta el último apretón de manos de por la noche. Los amigos de los amigos convirtiéronse en cómplices unos de otros, y también los amigos de aquéllos. París entero tomó parte en aquella intriga. En el fondo de los barrios más ignorados, había personas que suspiraban por el triunfo de Rougón, sin saber precisamente por qué. La banda, diez ó doce personas á lo sumo, era dueña de la ciudad.

—Nosotros constituímos el gobierno del mañana —decía seriamente Du Poizat.

Establecía paralelos entre ellos y los hombres que habían formado el segundo imperio. Y agregaba:

—Yo seré el de Marsy de Rougón.

Un pretendiente era tan sólo un nombre. Se necesitaba mayor número para constituir un gobierno. Veinte buenos mozos con mejores apetitos son más fuertes que un príncipe; y cuando pueden unir á ellos el pretexto de un príncipe, llegan á ser invencibles. El, por su parte, correteaba por aquellas calles de Dios, iba á las redacciones de los periódicos,

en donde echaba sus cigarros y minaba sordamente al señor de Marsy; siempre sabía delicadas historias tocante á él; acusábale de ingratitud y de egoísmo. Después, cuando llegaba á evocar en las conversaciones el nombre de Rougón, dejaba escapar medias palabras, ensanchaba extraordinarios horizontes con vagas promesas: aquél, si tan sólo pudiese abrir las manos un día, haría llover sobre todo el mundo un diluvio de mercedes, de recompensas, de regalos, de subvenciones. Y de este modo abastecía la prensa con informes, con citas, con anécdotas, que ocupaban continuamente al público con la personalidad del grande hombre; dos hojitas impresas publicaron la reseña de una visita al hotel de la calle de Marbeuf; otras hablaron de la famosa obra sobre la constitución inglesa y la constitución del 52. La popularidad parecía llegar tras un silencio hostil de dos años; un sordo murmurio de elogios ascendía. Y Du Poizat se entregaba á otras tareas, á chalanerías de que no se podía hablar, á la compra de ciertos apoyos, á un juego de Bolsa apasionado sobre la entrada más ó menos segura de Rougón en el ministerio.

—No pensemos más que en él—repetía á cada dos por tres, con aquella abundancia de palabra que tanto fastidiaba á los hombres graves de la banda.—Más adelante, él pensará en nosotros.

El señor Beulin-d'Orchère tenía de su parte la intriga más pesada; evocó contra el señor de Marsy un asunto escandaloso, que hubo prisa en sofocar. Mostrábase más hábil, echando á volar que

podía llegar un día en que fuese nombrado guarda sellos, si su hermano político alcanzaba el poder; lo cual ponía de su parte á los magistrados sus colegas. El señor Kahn llevaba asimismo una cuadrilla al ataque, hombres de negocios, diputados, funcionarios, engrosando las filas con todos los descontentos encontrados en el camino; habíase constituido en dócil lugarteniente del señor Béjuin; hasta empleaba al señor de Combélot y al señor La Rouquette, sin que éstos sospecharan un instante los trabajos á que se les impelía. Trabajando en el mundo oficial, entre las clases más elevadas, extendía su propaganda hasta las Tullerías, trabajando subterráneamente durante muchos días, para que sólo una palabra, llevada de boca en boca, fuese por último llevada al emperador.

Pero sobre todo las mujeres fueron las que se emplearon apasionadamente. Hubo ocultos propósitos, una complicación de aventuras cuyo verdadero alcance quedó siempre en el misterio. Madame Correur ya no llamaba á la humilde señora de Bouchard sino «mi gatita». Llevábala al campo, á lo que decía; y por espacio de una semana el señor Bouchard vivía á lo soltero. El señor d'Escorailles veíase también reducido á pasar las veladas en los teatritos de ínfimo orden. Un día, Du Poizat se había encontrado á aquellas damas con caballeros condecorados; de lo que se había guardado muy bien de hablar. Madame Correur habitaba entonces dos casas, la una en la calle Blanca y la otra en la de Mazarino; esto era de lo más coque-

tón; la señora de Bouchard iba allí todas las tardes y tomaba la llave en la garita del portero. Hablábase también de la conquista de un funcionario de campanillas, conseguida por la joven en una mañana de lluvia, al atravesar el Puente Real, arremangándose las faldas.

La morralla de los amigos se agitaba también, y se utilizaba cuanto era posible. El coronel Jobelin iba á cierto café de los bulevares para ver á unos oficiales, antiguos amigos suyos; y los catequizaba entre dos partidas de *piquet*; y así que había reclutado media docena, se restregaba las manos, llegada la noche, repitiendo que «todo el ejército estaba por la buena causa». El señor Bouchard se entregaba en el ministerio á un enganche parecido; poco á poco había inspirado á los funcionarios un odio de todos los diablos contra el señor de Marsy; hacía suyos hasta los mozos de la oficina, haciendo suspirar á toda aquella gente con la esperanza de una edad de oro, de la que hablaba al oído de sus amigos más íntimos. El señor d'Escorailles ejercía su influjo sobre la juventud adinerada, frente á la cual ponía en el quinto cielo las liberales ideas de Rougón, su tolerancia para ciertos pecadillos, su decisión por los golpes de audacia y de fuerza. Por último, hasta los Charbonnel, en los bancos del Luxemburgo, en donde iban á esperar todas las tardes la resolución de su interminable pleito, encontraban medio de hacer suyos á los pequeños rentistas del barrio del Odeón.

En cuanto á Clorinda, ni que decir tenía que no

se contentaba con tener vara alta sobre toda la banda. Ocupábase en operaciones enmarañadísimas, acerca de las cuales no abría la boca para nadie. Habíasela tropezado muchas veces, con peinadores mal prendidos, llevando cada vez con mayor entusiasmo, al fondo de dudosos barrios, su cartera de ministro, reventada por las costuras y atada con trozos de balduque. Encomendaba además á su marido las comisiones extraordinarias, que éste desempeñaba con dulzura de cordero, sin comprender maldita la cosa. Enviaba á Luigi Pozzò á entregar cartas, y suplicaba al señor de Plouguern que la acompañara, para dejarle, durante una hora larga, esperándola en una acera. Por un instante, ocurrióle la idea de hacer moverse al gobierno italiano á favor de Rougón. Su correspondencia con su madre, siempre fija en Turín, adquirió una actividad loca. Soñaba en trastornar la Europa entera, y hasta iba dos veces al día á casa del caballero Rusconi, para verse allí con algunos diplomáticos. Con frecuencia entonces, en aquella campaña, por tan extraordinario modo llevada, parecía acordarse de su hermosura. Así es que ciertas tardes poníase como los chorros del oro, bien peinada y soberbiamente vestida. Y cuando sus amigos, sorprendidos también, le decían que estaba bellísima:

—No hay más remedio—contestaba, con singular ademán de resignado cansancio.

Reservábase como argumento irresistible. En su sentir, darse no traía aparejada ninguna consecuencia; ponía de su parte tan insignificante placer, que

aquello convertíase en un negocio de igual categoría que los demás, un tanto más engorroso tal vez. Cuando regresó de Compiègne, Du Poizat, que estaba al tanto de la aventura de la caza, había querido enterarse de los términos en que quedaba con el señor de Marsy. Por modo vago se le ocurría traicionar á Rougón por el conde, en el caso de que Clorinda llegase á ser la omnipotente querida del ministro. Pero llegó casi á incomodarse, negando enérgicamente todo el cuento; tenía la por muy tonta—decía—si sospechaba que pudiese ser capaz de mantener semejante trato. Y, olvidándose de su negativa, dado había á entender que ni por asomo volvería á ver al señor de Marsy. En otro tiempo tal vez habría podido pensar en casarse con él; pues, á su entender, ningún hombre de talento trabajaba seriamente para hacer la fortuna de una querida. Aparte de todo, ella maduraba otro plan.

—Mire usted—solía decir,—con frecuencia son muchos los medios que se ofrecen para llegar á donde se quiere; mas, de todos estos medios, jamás se presenta uno que cause placer... Son muchas las cosas á que habría de dar satisfacción.

No apartaba la vista de Rougón; quería grande, como si hubiese soñado en hacerle rebosar de poderío, para algún festín el día de mañana. Conservaba su misión de discípula, poníase á la sombra con humildad llena de zalamería. Rougón, en medio de la continua agitación de la banda, parecía no ver nada. En su salón los jueves y los domingos, hacía sus *réussites* con beatitud, con la nariz pegada á los

naipes, sin parecer oír los cuchicheos á su espalda. Los tertulios hablaban del asunto, hacíanse señas por encima de su cabeza, y conspiraban junto á la chimenea, como si él no hubiese estado allí; tan de buen componer les parecía; quedábase impasible, y tan desprendido de todo, tan alejado de las cosas de que se hablaba bajito, que acababan por levantar la voz, regocijándose con sus distracciones. Cuando recaía la conversación sobre su vuelta al poder, Rougón perdía los estribos y juraba no dar el menor paso, aun cuando le esperase un triunfo á la vuelta de la esquina de su calle; y, en efecto, cada día se confinaba, más y más rigurosamente en su casa, fingiendo una ignorancia absoluta de cuanto acaecía en el exterior. El hotelito de la calle de Marbeuf, del que irradiaba tal fiebre de propaganda, era un retiro de silencio y de modorra, en cuyo umbral los íntimos se dirigían miradas de inteligencia, para dejar en la parte de afuera el olor de batalla que traían en sus vestidos.

—¡Vaya!—decía Du Poizat.—Le estamos sirviendo de juguete, y á mí no me la da. Muy bien que nos oye. Fíjense ustedes en sus orejas por la noche; se las ve tomar vuelo.

A las diez y media, cuando se retiraban juntos, aquél era el tema constante de su conversación. No era posible que el grande hombre ignorase la adhesión de sus amigos; se estaba quedando con ellos, repetía el antiguo subprefecto. Aquel demonstre de Rougón vivía como un ídolo indio, amodorrado en la satisfacción de sí mismo, con las manos

cruzadas sobre el abdomen, sonriente y beato en medio de una muchedumbre de fieles que le adoraban derramando toda su sangre. Aquella comparación se la tenía por muy exacta.

—Yo le vigilaré, ya verán ustedes—terminaba diciendo Du Poizat.

Pero ya se podía estudiar el semblante de Rougón, que no por ello se le dejaba de encontrar á la continua encerrado en sí mismo, apacible, cándido casi. ¿Quién sabe si procedía de buena fe? Por lo demás Clorinda prefería que no se mezclase en nada. Temía verle atravesarse en sus planes, si se le obligaba un día á abrir los ojos. Podía decirse que se trabajaba á pesar suyo para su encumbramiento y su fortuna. Tratábase de impelerle, quisiera ó no quisiera, de elevarle á alguna cumbre, hasta apelando á la violencia. Y después se ajustarían cuentas.

Sin embargo, las cosas andaban con sobrada lentitud, y la banda concluyó por perder la paciencia. Los desabrimientos de Du Poizat le hicieron agotar el sufrimiento. No se echó en cara palmariamente á Rougón cuanto se hacía por él; pero se le acribillaba de alusiones, de palabras amargas de doble sentido. Ahora el coronel venía á veces á las veladas, con los pies blancos de polvo; habíale faltado tiempo para pasar por su casa, habiéndose deslomado corriendo toda la tarde; correrías estúpidas que seguramente no se le llegarían á agradecer. Otras noches era el Sr. Kahn, con los ojos hinchados de cansancio, quien se lamentaba de velar hasta muy tarde desde hacía un mes, fre-

cuentaba mucho la sociedad, no porque aquello le divirtiera ¡vive Dios! sino por encontrarse con ciertas personas para tales y tales asuntos. O bien madama Correur se descolgaba con historias de lo más conmovedor; con la historia de una pobre joven, viuda muy recomendable, á quien iba á hacer compañía; sentía en el alma no tener valimiento alguno, y decía que si fuese gobierno impediría más de cuatro injusticias. Y á renglón seguido todos los amigos ostentaban sus miserias; todos se lamentaban y decían cuál otra sería su situación si él no se hubiese mostrado más que zoquete; quejas sin fin que las miradas lanzadas á Rougón subrayaban con claridad. Se le aguijaba despiadadamente, hasta el punto de ponderar los méritos del señor de Marsy. Empecemos por aseverar que Rougón por su parte conservaba la más imperturbable serenidad y sangre fría. No comprendía siempre. Pero, al cabo de algunas veladas, notáronse en su rostro ligeros estremecimientos, al oír ciertas frases pronunciadas en el salón. No se incomodaba; limitábase á apretar un tanto los labios, como bajo invisibles pinchazos de alfiler. Y, andando el tiempo, púsose tan nervioso, que dejaba sus juegos; como no le salían á medida de su gusto, prefería pasearse á paso menudito, hablando, y dejando bruscamente á los tertulios, cuando los disfrazados reproches empezaban. Había momentos en que de él se apoderaban secretos furores; parecía apretarse con fuerza las manos tras de la espalda, para no sucumbir

al deseo de plantar en la calle á toda aquella cáfila de impertinentes.

—Hijos míos—dijo una noche el coronel,—lo que es al hijo de mi madre no se le ve aquí el pelo en quince días... Hay que ponerle cara de perro. Ya veremos si sabrá divertirse solo.

Entonces, Ruogón, á quien pasaba por las mientes el cerrar la puerta de su casa, sintióse herido por el abandono en que se le dejaba. El coronel había mantenido su palabra, y otros le imitaron; veíase el salón casi vacío, brillando siempre por su ausencia cinco ó seis de los amigos. Cuando alguno de ellos volvía á presentarse, después de desusado alejamiento, y el grande hombre le preguntaba si había estado enfermo, no contestaba que no, mostrándose sorprendido y sin dar la menor explicación. Un jueves no se presentó un alma. Rougón pasó la velada sólo, paseándose en la vasta habitación, con las manos á la espalda y la cabeza baja. Por la primera vez sintió el poder del lazo que le unía á los suyos. Encogíase con desprecio de hombros, cuando pensaba en la necedad de los Charbonnel, en la rabiosa envidia de Du Poizat, en las ambíguas dulzuras de madama Correur. Y, no obstante, aquellos amigos y compañeros de trato, á quienes tenía en tan mediana estimación, le hacían falta, le era indispensable verlos, reinar sobre ellos; necesidad de amo celoso que llora en secreto las menores infidelidades. En el fondo de su corazón, hasta sentíase enternecido por sus necedades y encariñado por sus vicios. Ahora pareciale que for-

maban parte de su ser, ó, más bien, que él era el que se sentía lentamente absorbido en ellos, en tal medida, que quedábase como empequeñecido los días en que se apartaban de su persona. Así fué que concluyó por escribirles, cuando su ausencia se prolongaba. Iba hasta á verles á sus casas, para hacer paces con ellos tras formales riñas. Ahora se vivía en continua contienda en la casa de la calle de Marbeuf, con esa fiebre de rupturas y de reconciliaciones de las familias en que se agrió el amor.

En los postreros días de diciembre realizóse una desbandada con circunstancias agravantes. Una noche, sin que se supiese á ciencia cierta por qué, enzarzándose las palabras unas tras otras, habían concluído los íntimos por devorarse entre sí, con aguzados dientes. Durante cerca de tres semanas, no se les volvió á echar la vista encima. La verdad estribaba en que unos y otros empezaban á perder la esperanza. Los esfuerzos más talentudos no llegaban á ningún resultado que valiera la pena. La situación no parecía tener visos de cambiar en mucho tiempo tiempo y los amigos desechaban la ilusión de que sobreviniera alguna catástrofe imprevista, que llevase á Rougón á hacerse necesario. Habían esperado la apertura de las sesiones del Cuerpo legislativo; pero la ratificación de los poderes se había realizado sin producir más que una negativa de juramento de dos diputados republicanos. En aquel entonces, hasta el mismo señor Kahn, el hombre dúctil y respetable del grupo, no

contaba ya con ver convertirse en provecho de ellos la política general. Rougón, exasperado, se ocupaba de su asunto de las Landas con acrecentamiento de interés, como para ocultar los estremecimientos de su fisonomía, que no era dueño de adormecer.

—No me siento muy bien—decía en algunas ocasiones.—Ya lo veis, me tiemblan las manos... Mi médico me ha mandado hacer ejercicio. Toda la mañana la paso fuera.

Y, en efecto, salía mucho. Encontrábasele con los brazos colgantes, alta la cabeza, distraído. Cuando se le encontraba, hablaba de carreras que no tenían fin. Una mañana, á su regreso á casa para almorzar, después de un paseo por el lado de Chaillet, se encontró con una tarjeta con canto dorado, que rezaba el nombre de Gilquin, escrito á mano, en hermosos caracteres ingleses; la tarjeta estaba muy sucia, marcada con grasientos dedos. Llamó á su criado.

—La persona que ha entregado á usted esta tarjeta, ¿no ha dicho nada?—le preguntó.

El doméstico, nuevo en la casa, se sonrió.

—Es un señor con gabán verde. Su aspecto es de persona amable; me ofreció un cigarro... Díjome tan sólo que era uno de los amigos de usted.

Retirábase, cuando hizo memoria:

—Creo que hay detrás algo escrito.

Rougón dió vuelta á la tarjeta y leyó estas palabras trazadas con lápiz: «Es imposible esperar. Pasaré á la noche. Corre prisa, el asunto es de lo más chocante». Rougón hizo un gesto de indiferencia. Pero, después del almuerzo la frase: «Corre

prisa, el asunto es de lo más chocante», acudió á la mente, se enseñoreó de él y acabó por impacientarle. ¿Qué asunto podía ser el que Gilquin encontraba chocante? Desde que había encargado al antiguo viajante de comercio de negocios oscuros y complicados, veíale con regularidad una vez por semana, por la noche; en ninguna ocasión se había presentado por la mañana. Tratábase, á no dudarlo, de una cosa extraordinaria. Rougón, harto de suposiciones, juguete de una impaciencia que hasta él mismo veía ridícula, se decidió á echarse á la calle, para intentar ver á Gilquin antes de la tarde.

—Algún infundio de borracho—pensaba bajando por los Campos Elíseos.—En fin; quedaré tranquilo.

Andaba á pie, queriendo obedecer las prescripciones de su médico. El día ofrecíase soberbio, un resplandeciente sol de enero en un cielo diáfano. Gilquin no habitaba ya en el pasaje Guttin, en las Batignolles. Su tarjeta decía: calle Guisarde, barrio Saint-Germain.

Rougón empleó todos los trabajos del mundo para poder descubrir aquella casa horriblemente puerca, situada cerca de San Sulpicio. En el fondo de un negro callejón, encontró una portera acostada, quien le gritó desde su cama, con voz enronquecida por la calentura:

—El señor Gilquin... ¡Ah! no sé. Vea usted en el cuarto piso, en todo lo alto, puerta de la izquierda.

En el cuarto, el nombre de Gilquin estaba escrito en la puerta, rodeado de arabescos representando corazones despidiendo llamas y atravesados por fle-

chas. Pero, por más que llamó, tan sólo llegó á sus oídos, detrás de la madera, el tictac de un reloj de cuclillo y el maullido de una gata, muy suave en el silencio. De antemano sospechaba que hacía una carrera inútil, y, no obstante, se satisfizo por haber llegado hasta allí. Volvió á bajar, tranquilizado, diciéndose para sí que bien podía esperar á la noche. Ya en la calle, moderó el paso; atravesó el mercado de Saint-Germain, siguió por la calle de Sena, sin el menor objeto, algo fatigado ya, mas decidido, sin embargo, á regresar á pie. Y, conforme iba llegando á la altura de la calle de Jacob, acordóse de los Charbonnel. Hacía diez días que no les había visto. Le ponían mala cara. Entonces se decidió á subir un instante á su casa para estrecharles la mano. Era tan tibio el ambiente aquella tarde, que hasta se sentía movido á compasión.

La habitación de los Charbonnel en el hotel del Périgord, daba al patio, una especie de pozo sombrío, del que subía un hedor de vertedero mal lavado. El cuarto era oscuro, grande, con mueblaje desvencijado de caoba y cortinas de damasco rojo descolorido. Cuando Rougón entró, la señora de Charbonnel doblaba sus vestidos, que metía en el fondo de una gran maleta, mientras que el señor Charbonnel, sudando la gota gorda, con los brazos entorpecidos, ataba otra maleta más pequeña.

—Según eso, ¿se marchan ustedes?—preguntó sonriendo.

—Sí, sí—contestó la señora de Charbonnel dando

un profundo suspiro;—esta vez la cosa está decidida.

No obstante, hiciéronse una pura diligencia, li-sonjeadísimos al verle en su casa. Todas las sillas estaban atestadas de vestidos, de líos de ropa blanca, de canastas, cuyos costados reventaban. Rougón tomó asiento al borde de la cama, recobrando su aspecto campechano.

—¡Dejen ustedes! estoy muy bien aquí... Continúen lo que estaban haciendo, no les quiero estorbar... ¿Es por el tren de las ocho por el que parten ustedes?

—Sí, por el tren de las ocho—dijo el señor Charbonnel.—Esto hace que nos queden todavía seis horas que pasar en este dichoso París... ¡Ah! nos acordaremos de él por mucho tiempo, señor Rougón.

Y el buen hombre, que hablaba poco de ordinario, soltó cosas terribles y llegó hasta amenazar con el puño á la ventana, diciendo que había que venir á semejante ciudad para no ver claro en su casa á las dos de la tarde. Aquella sucia claridad, viniendo del estrecho pozo del patio, era París, ni más ni menos. Pero, ¡gracias al Señor! iban á ver el sol, en su jardín de Plassans. Y miraba á su alrededor por si olvidaba alguna cosa. Por la mañana había comprado un Indicador de los caminos de hierro. En la chimenea, envuelto en un papel manchado de grasa, señaló un pollo que se llevaban para comérselo en el camino.

—Hija mía—repetía,—¿has vaciado bien todos los cajones?... Había unas zapatillas en la mesa de

noche... Tengo para mí que han caído papeles detrás de la cómoda...

Rougón, al borde de la cama, veía, oprimido el corazón, los preparativos de aquel par de ancianos, cuyas manos temblaban al hacer los envoltorios. En presencia de su emoción, sentía un mudo reproche. El era quien les había detenido en París; el resultado era un verdadero fracaso, una verdadera fuga.

—Hacen ustedes mal—dijo por lo bajo.

La señora Charbonnel le dirigió una mirada suplicante, como para hacerle callar. Y le dijo con energía:

—Escuche usted, señor Rougón, no nos prometa usted nada, porque volvería á empezar nuestra desgracia... ¡Cuando pienso que han cumplido dos años y medio desde que estamos aquí! Dos años y medio ¡justo Dios, en el fondo de este agujero! Todos los días que me queden de vida conservaré memoria de los dolores que tengo en la pierna izquierda; yo era quien me acostaba del lado de la pared, y está detrás de usted, como está usted viendo, chorrea agua... No, no puedo decírselo á usted todo; sería cuento de nunca acabar. Nos hemos comido la mar de dinero. Mire usted, ayer, sin ir más lejos, he tenido que comprar esta gran maleta para llevarnos todo lo que hemos estropeado en París, vestidos mal perjeñados que se nos han vendido por un ojo de la cara, ropa blanca que llegaba en guñapos de la lavandera... ¡Ah! no serán las lavanderas de ustedes

las que yo eche de menos... Todo lo queman con sus ácidos.

Y arrojó un montón de trapajos en la maleta, gritando:

—No, no, nos vamos. Créame usted, una hora más aquí, daría con mi cuerpo en la eternidad.

Pero Rougón, con testarudez, volvió á hablar de su asunto. ¡Qué! ¿habían llegado á sus oídos malas noticias? Entonces los Charbonnel, casi derramando lágrimas, le contaron que la herencia de su sobrino Chevassu, con seguridad se les escapaba de las manos. El Consejo de Estado estaba á punto de autorizar á las hermanas de la Sagrada Familia para que aceptasen el legado de quinientos mil francos. Y lo que había acabado de quitarles toda esperanza, era que les habían dado noticia de la presencia de monseñor Rochart en París, á donde venía por segunda vez para impulsar el asunto.

De repente, el señor Charbonnel, acometido de brusco arrebató, cesó de habérselas con la maleta pequeña, y retorciase los brazos, repitiendo con desolada voz:

—¡Quinientos mil francos, quinientos mil francos!

A ambos les faltó el valor. Sentáronse, el marido sobre la maleta y la consorte sobre un lío de ropa blanca, en medio del gran desbarajuste de la habitación. Y con palabras quejumbrosas y blanduchas se lamentaron amargamente; cuando el uno de ellos se callaba, el otro volvía á la carga. Traían á la memoria la ternura que profesaron á su sobrino Chevassu. ¡Cuánto le habían querido! La verdad

era que no le habían visto el pelo desde hacía diez y siete años, cuando tuvieron noticia de su muerte. Pero en aquel momento se enternecían de la mejor buena fe, creyendo á pies juntillas que le habían rodeado de toda suerte de atenciones durante su enfermedad.

Luego acusaron á las hermanas de la Sagrada Familia de vergonzosos manejos; habíanse captado la confianza de su pariente, apartando de él á sus amigos, ejerciendo una presión de cada hora sobre su debilitada voluntad de enfermo. La señora de Charbonnel, que era, no obstante, devota, llegó hasta contar una historia abominable, según la cual, su sobrino Chevassu habría muerto de pavor, después de haber escrito su testamento dictado por un cura, quien le había hecho ver el diablo al pie de su cama. En cuanto al obispo de Faverolles, monseñor Rochart, desempeñaba en el asunto un feísimo papel, al despojar de lo que era suyo á beneméritas personas, conocidas en todo Plassans por la acrisolada honradez con que se habían proporcionado un modesto bienestar en el comercio de aceites.

Mas tal vez no está todo perdido—dijo Rougón, quien les veía flaquear.—Monseñor Rochart no es Dios, ni ese es el camino... A mí no me ha sido posible ocuparme de ustedes. ¡Son tantos los asuntos que me rodean! Permítanme que estudie el estado en que se hallan las cosas. No quiero que se les coman á ustedes.

Los Charbonnel se miraron, encogiéndose ligeramente de hombros. El marido dijo por lo bajo: